



Las tareas de intelectuales y universitarios ante el estancamiento de América Latina hacia las redes y la internacional del conocimiento.

Eduardo Devés Valdés

Autoridades, estimadas amigas y amigos.

He sido invitado a saludarles con ocasión de la apertura del año académico y voy a proponerles 10 reflexiones, en no más de 50 minutos, que pretenden articular conceptos como tarea intelectual, cultura latinoamericana, redes intelectuales, universidad, desarrollo científico-tecnológico y fuerzas productivas intelectuales, entre otros.

Quiero instalar algunos de estos conceptos con el objetivo de hacerlos útiles para pensar las tareas de intelectuales y universitarios y, en cierto modo, si ello no es muy pretencioso, renovar algo la discusión en América Latina, discusión que pretende situarse por relación a la deuda de las universidades con la región y al estancamiento de ésta como consecuencia, parcial, de la incapacidad de nuestras propias universidades.

Pero antes de entrar en las 10 reflexiones, permítanme una introducción de 5 minutos que debo comenzar confesando cierta incomodidad para hablar en Puerto Rico en tanto que latinoamericano. Hablo para personas que considero cabalmente parte de la cultura latinoamericana pero que, a diferencia del resto de la región, no comparten la condición subdesarrollada, tan propia de los latinoamericanos.



En este sentido, Puerto Rico está en el centro y no en la periferia, aunque no sea el centro del centro. Puerto Rico se encuentra en el primer mundo, América Latina en su mayoría está o ha sido ubicada en el tercero y este contraste es tanto más notorio si

comparamos a Puerto Rico con países como Haití, Bolivia o Nicaragua. Puerto Rico está adentro, América Latina permanece afuera.

Entiendan por tanto esta intervención sobre las tareas de intelectuales y universitarios, sobre el pensamiento latinoamericano y las fuerzas productivas intelectuales, sobre los corredores de las ideas y la Internacional del Conocimiento, como un discurso pensado desde fuera.

Yo no soy puertorriqueño y llevo aquí apenas unas pocas semanas. Además de algo de historia de Puerto Rico que ya había leído, en estas semanas he conocido la biblioteca José Lázaro y el campus de la Universidad, por tanto lo que voy a decir no debe tomarse como alusiones a Puerto Rico sino al resto de América Latina. Estoy desafiándoles a pensar sobre América Latina y las cifras o informaciones que voy a entregar no comprenden a Puerto Rico. En todo caso, no pretendo en primer lugar entregarles datos sino conceptos para trabajar y entender los datos. Mi formación y mi especialidad son la filosofía y el pensamiento latinoamericano y desde allí es desde donde voy a hablarles.

Teniendo en cuenta esta incomodidad, quiero formularles un conjunto de propuestas. Ustedes dirán hasta que punto les permiten imaginarse a si mismos. Ustedes juzgarán el grado de pertinencia: hasta que punto se sienten interpeladas o interpelados por lo que van a escuchar.

Su condición privilegiada puede permitirles, por otra parte, jugar un papel importante. El privilegio es mayor poder y libertad mayor. Por cierto no pretendo descalificarles ni lisonjearles, aunque eso sí pretendo interpelarles. Quiero que se pregunten en qué sentido, si este discurso tiene sentido para ustedes, podemos y debemos trabajar en conjunto. Algunas de nuestras universidades, y la mía



específicamente, la Universidad de Santiago de Chile, están empeñadas en un proceso de internacionalización y de colaboración ínter universitaria, que requiere un trabajo de creación de confianzas de largo aliento.

Pero que lo que acabo de decir no les asuste. No voy a hablarles de la “sagrada misión de la universidad”, ni a tratar de convencer a los jóvenes que son el “luminoso futuro de la humanidad”. Muchos de los corruptos de hoy fueron los estudiantes universitarios de los 1950s, 60s y 70s. ¿Deberé decir que

en América Latina, los jóvenes de hoy son los corruptos del mañana? Espero que no y espero que esta intervención contribuya a que no sea así. No pretendo echarle a mi discurso muchas lindezas almibaradas para que ustedes lo traguen mejor.

Creo poco en ese discurso de tipo arielista que nos habla del espíritu y también poco en ese otro que nos llama a solidarizar con las luchas sociales de nuestros pueblos. Hay personas que al referirse a las universidades, hablan de “claustros” y “templos del .saber”, para otorgarle más solemnidad a su discurso. ¿Por qué llamar “claustros” o “templos del saber” a los campus llenos de minifaldas y blusitas multicolores, bulliciosos de fiesta, política, automóviles y sobre todo de teléfonos celulares? Les propongo que nos acerquemos a la universidad real, abandonando ese discurso santurrón. Presume Fernando Ortiz que la monja doña Inés chupaba alfeñiques. Yo no. Y para convencerles que no voy a echarles un discurso dulzón vengan cuatro denuncias a la universidad latinoamericana.

Primera reflexión: Cuatro argumentos para denunciar una culpa sin almíbar

La mayoría entre quienes marcaron el pensamiento de la región lo hicieron desde fuera de la universidad. Este fue el caso de Simón Bolívar, Domingo Faustino Sarmiento, José Martí, Eugenio María de Hostos, Gabriela Mistral, Raúl Prebisch, Octavio Paz, Paulo Freire, Frantz Fanon y Rigoberta Menchú. Cierto es que algunas de estas personas se formaron en las universidades de América Latina, pero luego no fue en éstas donde elaboraron sus ideas. ¿Por qué?

El segundo argumento se refiere a la CEPAL, la Comisión Económica para América Latina. Ésta es la institución donde se generaron las ideas más influyentes durante la segunda mitad del siglo XX y la que mayor producción intelectual exportó al mundo desde la región. La CEPAL no es parte de nuestra universidad.

El tercero apunta al pensamiento neoliberal, que tanta presencia ha tenido en las últimas décadas. Éste tampoco se ha generado en el seno de las universidades. Principalmente han sido fundaciones, corporaciones y ONGs los lugares donde se gesta y desde donde se difunde.

El cuarto argumento y el más importante: el porcentaje de producción científica que América Latina genera y aporta al mundo es minúsculo, menos de la mitad que el porcentaje de población que somos y por ello menos de la mitad del promedio

mundial, y la presencia de nuestra cultura (en español o portugués) en Internet es también muy inferior a las dimensiones de la población. Esto quiere decir que nuestras universidades no han estado a la altura que deberían.

América Latina se encuentra rezagada y estancada. En el último siglo, el mundo avanzó más que nuestra región y en las últimas décadas esto se ha hecho más nítido.

¿Por qué responsabilizar de esto a la universidad? Obviamente no pretendo que sea la única culpable. Latinoamérica como conjunto debe hacerse cargo del asunto y todos los autores que he citado, y que pensaron desde fuera de la universidad, son al menos tan responsables como quienes hemos estado dentro de las instituciones universitarias. Es el mundo intelectual como conjunto el que debe hacerse cargo de esto. Pero, en la medida que los universitarios hemos tenido el supuesto privilegio de estar en mejores condiciones económicas, de salud y educación y que hemos sido parte de la pequeña elit, imagino que somos más responsables que quienes no poseyeron todo esto.

¿Deberá decirse que la intelectualidad o la cultura con que funciona esta intelectualidad ha sido la causa del estancamiento? ¿Será que la propia intelectualidad y la universidad real han contribuido al rezago y la decadencia?

Segunda reflexión: Sobre el estancamiento de América Latina y la necesaria equidad del poder mundial

Mucho se habla en la actualidad de la “sociedad del conocimiento”, es decir de un tipo de sociedad que se alimenta del conocimiento y cuyo motor es el propio conocimiento. Pero el conocimiento producido en América Latina es marginal.

Es sabido que América Latina genera apenas alrededor del 3% de la producción científica mundial aparente, de acuerdo al criterio de las publicaciones indexadas. Brasil produce algo menos del 50% de la región, Argentina alrededor del 15% y Chile produce poco menos del 10%. Estados Unidos, por su parte, genera algo más del 35% de la producción científica mundial, unas 12 veces lo que produce América Latina, más de 25 veces lo que produce Brasil y unas 150 veces lo que produce Chile (2).

Las inversiones en ciencia y tecnología, en investigación y en educación superior en la región también son muy bajas en relación a los países y las regiones más pujantes. Son bajas en porcentajes: nosotros gastamos aproximadamente el 0.5% del ingreso en tanto que aquellas gastan entre el 1.5 y el 2%, y minúsculas en términos relativos, pues esas otras regiones poseen ingresos muy superiores a los nuestros.

¿Que significa estancamiento? Significa crecer poco o nada económicamente o crecer menos que los otros; significa aumentar la pobreza, la miseria la desnutrición o no salir de éstas rápidamente; significa no mejorar los indicadores de alimentación, salud educación y producción en ciencia y tecnología o hacerlo más lentamente que otros; significa aportar a la cultura, a la ciencia y al conocimiento de mundo menos que otros y mucho menos que el 8% que deberíamos, en relación a la población que somos; significa estar estancados en los indicadores de poder: continuar teniendo menos peso en el poder mundial que nuestro porcentaje de población.

De hecho, si medimos el poder mundial en términos de presencia en el comercio, en la industria, en la producción de mensajes, en capacidad bélica y, sobre todo, en producción de ciencia y tecnología no alcanzamos siquiera el 4%. Es decir, poseemos menos de la mitad de poder que de población.

Por cierto, no estoy imaginando a América Latina y/o al Caribe en busca de ningún tipo de hegemonía. Sólo se plantea que nuestros indicadores de poder, es decir todos aquellos que nos deberían permitir niveles de bienestar y seguridad-libertad razonables deben repartirse a nivel mundial equitativamente, de acuerdo a las cantidades de población.

Mi propuesta es que nuestra región, para mediados del siglo XXI, debe alcanzar ese nivel: equiparar el porcentaje de poder con el porcentaje de población. E insisto en que este planteamiento lo hago desde la equidad que nos debemos a nosotros mismos: el porcentaje de poder que nos debemos en el reparto global, y ello debe ir acompañado de una militancia con el progresivo desarme de la región y del mundo. La inversión en militarismo tiene en nuestros países una repercusión positiva bajísima en el resto de los indicadores de poder y una repercusión negativa alta, pues impide



invertir esos recursos en educación, ciencia, salud y otros rubros más humanistas y más reproductivos.

Ahora bien, esta formulación sobre el desestancamiento no alcanza toda su potencia si no se alude a los agentes que deberían realizarlo. Los aparatos del estado de nuestros países, tantas veces demasiado precarios e inmediatistas y tantas veces asaltados por hordas de bandeirantes, piratas y calabreses, no han sido capaces de concertarse para transformar nuestras pequeñas energías en sinergia. No se trata sólo de nuestros estados. Éstos no son sino los que nos hemos merecido, por cierto somos todos responsables. Tan responsables somos, que la intelectualidad latinoamericana poco se ha planteado seriamente el problema. Y es importante que lo haga, especialmente sobre aquella cuestión que más le compete y que es la clave para el desestancamiento: la producción de ciencia, tecnología y cultura, la formación de capital humano, y, más en general, la producción y difusión del conocimiento.

Tercera reflexión: Sobre la baja producción de conocimiento en América Latina y su causa en los vicios de nuestra “cultura académica”

Los latinoamericanos hemos trabajado durante las últimas décadas sobre el tema de la cultura política, intentando comprender algunos de los vicios que nos aquejan: caudillismos, dictaduras y corrupción. No hemos trabajado, en cambio, suficientemente sobre nuestra “cultura académica”, tan marcada por vicios como el “facilismo”, el “amiguismo” y la falta de transparencia, entre otros. Quiero poner énfasis en este concepto “cultura académica” o “cultura de la academia latinoamericana” para repensar la historia intelectual.



La razón más frecuente que se ha aducido para explicar la baja producción de conocimiento en América Latina ha sido la poca inversión, argumentándose que es muy baja en relación a otras regiones; correlativamente se argumenta sobre la inexistencia de una infraestructura tecnológica o comunicacional suficiente; se agregan en ocasiones también dificultades jurídico-políticas, como carencia de una institucionalidad y de una política científica. Me parecen razones muy cuerdas, pero creo que pasan por el lado la cuestión principal y que en buena medida las explica: la

cultura académica y universitaria, que es la principal causa de la baja producción, como de la existencia de otras causas subordinadas.

Por cierto, numerosas conductas que cruzan el medio intelectual, atraviesan igualmente al medio político, económico o militar, entre otros. El facilismo, el cortoplacismo, la falta de transparencia y el amiguismo, la astucia del aparentar y el caritativismo van en desmedro de la actividad intelectual como de las otras, lo que conlleva que se suponga que una inversión a largo plazo en ciencia y tecnología sería dinero perdido. Los agentes económicos, políticos o militares no creen en una academia que no ha sabido ganarse su respeto, como tampoco, por lo demás, creen en si mismos. Existe sin duda un problema de confianza y de auto confianza, cuestiones que no se trata de crear artificialmente, sólo con campañas publicitarias. La academia latinoamericana no tiene suficientes resultados que exhibir para convencer al resto de la población. Para amplios sectores, la universidad está asociada con huelgas y disturbios y no con premios Nóbel ni con tecnologías para el bienestar de la población. El facilismo y el amiguismo conspiran contra la calidad, el aristocratismo contra la producción tecnológica y el purismo contra los acuerdos universidad-empresa.

Me detendré en uno de estos vicios para mostrar que mientras no se ataquen la sola inversión no generará aumentos importantes en producción de conocimiento de alto nivel. ¿Que es el “facilismo”?

El facilismo consiste en satisfacer las exigencias de todos los objetivos pero recortándoles siempre alguna partecita: hacer clases más breves de lo que se estipula, leer menos páginas de lo necesario, hacer los trabajos sin cumplir con todas las condiciones y pidiendo además segundas y terceras oportunidades, argumentar



siempre razones externas para justificar fallas y rebajar los niveles de evaluación. El facilismo es la base del “pacto de la mediocridad” que se establece entre los profesores y entre estos y los estudiantes.

Por ejemplo, dado que los estudiantes siempre tienen problemas económicos, siempre tienen poco tiempo, siempre viven muy lejos de la universidad, siempre tienen otros cursos, siempre traen algún problema entonces hay que permitir que, en vez de mostrar sus

conocimientos en las clases y en los exámenes, entreguen opiniones y, en consecuencia aprobarles aunque sepan poco y nada. Además, en muchas universidades comerciales debe aprobarse a los alumnos, pues de no ser así se corre el riesgo que se retiren y vayan a otra donde les venderán un título a cambio de menos exigencias todavía.

Esta es una de las causas que explican que en las evaluaciones internacionales, la educación de los países latinoamericanos figure en tan bajos niveles.

El pacto de la mediocridad entre profesores y estudiantes se entiende pues muchas veces los profesores preferimos regalar las notas para ser populares a la vez que para no ser descubiertos como malos pedagogos (esta es la astucia del aparecer); se entiende pues para muchos profesores es más importante difundir valores religiosos o ideológicos que formar buenos profesionales; se entiende pues muchas veces practicamos la generosidad (el caritativismo) que consiste en regalar las calificaciones en vez de regalar nuestro tiempo enseñando más y mejor; se entiende pues muchas veces los concursos están fabricados para los amigos (el amiguismo), los leales o los siervos y no para detectar a quienes poseen mayor capacitación profesional. Por cierto, el pacto de la mediocridad se corona con la regla de oro: un colega nunca debe ser mal evaluado.

El facilismo y todos sus corolarios explican que teorías pedagógicas innovadoras como las del dialogo sean interpretadas como conversar con los estudiantes y no pasarles las materias; que las teorías de la auto evaluación sean interpretadas como que los estudiantes deben poner sus propias notas sin mostrar lo que han aprendido y que aquellas teorías de la concientización sean interpretadas como que al estudiante hay que hablarle del mundo en que vive en vez de hacerle conocer lo que se ha acumulado a través de los siglos. La interpretación facilista de todas las teorías pedagógicas hace que una persona que ha cursado la universidad en Chile maneje menos información escrita que una persona que ha cursado la educación secundaria en Nueva Zelanda, Portugal, Irlanda o la Republica Checa. Ello explica igualmente la mínima cantidad de población altamente competente en manejo de información en Chile: menos de la mitad del porcentaje de Portugal, la octava parte que Irlanda y un catorceavo de Finlandia (3).

Todo lo dicho anteriormente se entiende mejor cuando se constata que en la cultura académica latinoamericana, frecuentemente, la ética se ha ubicado fuera del quehacer académico e incluso en ocasiones, contra éste. Ha existido la propensión a pensar que la actividad universitaria es o un lujo o un ocio y que la tarea verdadera es atender otras realidades, allí donde se juegan las urgencias de la existencia. Ha sido frecuente el llamado a poner a la universidad al servicio de valores sociales o religiosos. La ética del quehacer intelectual con calidad y honestidad no ha sido frecuente. La ética del trabajo bien hecho debe estar en la cultura latinoamericana tan devaluada como la honestidad respecto de los dineros públicos. El facilismo intelectual, que es hermano de la “chapucería” en lo económico, del “aventurerismo” en lo político, de la renuncia al profesionalismo en lo militar y del “sensiblerismo” en lo religioso, ha marcado la cultura latinoamericana.

Cuarta reflexión: Sobre algunas potencialidades también existentes en nuestra cultura académica

No quiero, por mi parte, caer en el facilismo de hacerles simplemente una descripción pintoresca y caricatural. Es necesario complejizar y mostrar que alternativamente se perciben, en la cultura académica de nuestra región, trazos opuestos a los anteriores, en tensión con los anteriores, y que deben potenciarse simultáneamente con los aumentos de presupuesto para ciencia y tecnología.

Lo primero que debe realizarse es el gran y creciente interés, en las últimas, décadas por acceder a la formación universitaria y a la formación continua, no sólo en personas jóvenes sino también algo mayores. No pienso que se trate únicamente de un desinteresado amor al saber. Por cierto, la educación y la cultura se reconocen asociadas al aumento de los ingresos y al prestigio social. Pero allí mismo es donde reside lo importante: capital económico y social se conciben ya no ligados la cantidad de cabezas de ganado flaco, al tipo étnico o a los apellidos de la familia sino al conocimiento y a la universidad, es decir a algo que tiene que ver con la calidad.

Lo segundo es el progresivo proceso de acreditación a que están siendo sometidos académicos e instituciones. Ello favorece la transparencia y exige el mejoramiento sistemático de la calidad.

Lo tercero es la creación y el crecimiento de redes de intelectuales, sociedades científicas y consorcios universitarios, que trascienden el provincianismo del estado-nación para constituirse regional o globalmente. América Latina, luego que ha salido del túnel de las dictaduras, hace un par de décadas, ha dado pasos importantes en esta dirección.

Es decir, calidad, transparencia, encuentro y organización de intelectuales son elementos que favorecen la reproducción virtuosa de un círculo al que debe darse energía para que se haga espiral. Quizás esto explique en parte el hecho que las publicaciones indexadas crecieron últimamente a un ritmo mayor que la economía, aunque todavía bajísimo.

Quiero transmitirles algo que ha ocurrido en Chile desde mediados de los 1980s. Como en tantos otros lugares, se ha disparado el interés por la educación universitaria y superior, ahora deseada por todas las capas de la población y entendida en buena parte como una inversión. En Chile la educación universitaria es muy cara en relación al nivel de vida, lo que significa sacrificar tiempo para estudiar y tiempo para ganarse el dinero para estudiar. Por cierto, ello otorga a esta educación un prestigio muy alto. Pero lo que me interesa señalar es que éste es un proceso articulado con otros: que en las dos últimas décadas la mitad de la población que era pobre o miserable ha dejado de serlo, que cada vez se valoriza y se respeta más la democracia, que crece la capacidad exportadora del país, que la salud de la población continúa mejorando, lo que ha hecho llegar nuestra expectativa de vida casi a los 80 años, y que la producción científica ha crecido, siendo el país con mayor cantidad de publicaciones indexadas per capita de América Latina. Debe recordarse, sin embargo, que lamentablemente la producción tecnológica es bajísima, las patentes obtenidas son casi inexistentes y ha sido imposible crecer sostenidamente en la exportación de bienes con valor tecnológico agregado, estando por debajo en los porcentajes de Argentina, Brasil y México.

Esto que les cuento de Chile pretende recordarles lo obvio: así como los países, las instituciones y las personas pierden el respeto por si mismas, se abaratan y decaen, olvidando la importancia de la calidad y la honestidad, así también existen modificaciones en trazos culturales que son positivos, que van repercutiendo de unos niveles a otros. El respeto por la calidad y la honestidad se expresa en todas las

dimensiones de la vida: en lo que comemos y en lo que damos de comer a nuestros hijos, en lo que consumimos como información y educación y en aquello que queremos para nuestros hijos, en el nivel que esperamos de los servicios de salud y en la política, en los productos electrónicos que compramos, en el servicio burocrático que demandamos y en el sistema de justicia que esperamos de nuestros países.

Quinta reflexión: Colaboración intelectual internacional y exportación de tecnología y cultura

Parte de esta cultura académica es también nuestro provincianismo y nuestra ingenua mirada hacia el centro. La intelectualidad latinoamericana, por su mirada provinciana y su pobreza económica se ha visto reducida a los espacios nacionales. Esto a pesar de que nuestros grandes pensadores, salvo la excepción de uno u otro como José E. Rodó, nunca han producido una gran obra antes de haber vivido fuera de su país.

El provincianismo ha conspirado contra la creación de redes intelectuales que sinergicen nuestro quehacer. En el caso de los países más pequeños, esto es lamentable. Lamentable porque cualquier tuerto y miope pasa por rey. Por ello, pensar en el aumento de la calidad de la producción intelectual latinoamericana pasa, entre otras cosas, por la integración en espacios mayores.

Durante la segunda mitad del siglo XX se enfrentaron en América Latina dos paradigmas integracionistas: el hacia adentro y el hacia fuera; el que pretendía facilitar y coordinar el crecimiento industrial y el que apuntaba hacia la promoción de nuestras exportaciones.

La colaboración intelectual no está obligada a elegir entre estas posibilidades, por el contrario, creo que en este caso ambas opciones son compatibles y sinergizadoras.

La colaboración está siendo pensada para desarrollar nuestras fuerzas productivas intelectuales y para posibilitarnos exportar tecnología y bienes con tecnología agregada, así como para mejorar nuestra producción cultural y exportarla, poniéndola a disposición de la humanidad en el supermercado cultural globalizado.



La pequeñez de nuestras comunidades intelectuales las bloquea en un provincianismo inhibitorio. La colaboración es clave para obligarlas a superarse a sí mismas, tanto por la mayor recepción de información como por la competencia a que serán sometidas.

Entre muchos otros, existen dos síndromes en el pensamiento latinoamericano de las últimas décadas: que exportamos productos sin valor tecnológico y que nuestra cultura posee mínima presencia mundial, argumentándose que apenas alrededor del 2% de los sitios de internet son en español o portugués.

No interesa tanto, ahora, discutir la verdad o no de tales afirmaciones ni cuanto varía de un país a otro. Se trata de obsesiones del pensamiento latinoamericano a las que debemos ser capaces de responder. Como obsesiones evocan nuestros temores e inseguridades. En consecuencia, entregar valor agregado y ganar presencia en la globalización son algunos de los desafíos ante los que se encuentra la intelectualidad.

Sexta reflexión: Una pequeña revolución copernicana

Para facilitar la tarea de colaboración intelectual hay que pensar, sin embargo, el integracionismo de una manera diferente a como se ha pensado hasta ahora: debe transitarse desde aquella idea que supone al Estado como el único actor a otra en que se otorgue importancia a la sociedad civil y particularmente a la sociedad civil intelectual.

Aunque existe una reivindicación, en algunas líneas del pensamiento latinoamericano, por el protagonismo de la sociedad civil, ello no es suficiente para que la intelectualidad pueda transformarse en un agente relevante del proceso integracionista.

Pienso que para favorecer el papel de la intelectualidad en el proceso de integración latinoamericana debemos realizar una suerte de revolución copernicana. Ésta consiste en cuatro operaciones destinadas a desechar una conceptualización que nos coarta la acción:

Primera, pensar en las subregiones más que en América Latina como totalidad. De hecho, a los latinoamericanos América Latina nos ha quedado grande. La "patria grande" nos ha quedado grande. Para pensar una colaboración eficiente

debemos circunscribirnos momentáneamente a espacios más reducidos y manejables: Conosur, espacio andino, centroamericano, caribeño.

Segunda, que la noción misma de “integración” puede ser reducida o concebida parcialmente como “colaboración”. La idea de colaboración nos permite un trabajo más autónomo, especialmente en el ámbito científico-cultural, sin esperar que los Estados den pasos para los cuales no existen voluntades políticas suficientes. Más aún, este concepto de “colaboración” permite aprovechar de los otros países lo utilizable, sin tener que amarrarse con los problemas de éstos. Creo que el desafío para los juristas es elaborar un derecho ad hoc, que permita avanzar en este proceso de modo oblicuo, no coordinadamente, asumiendo las capacidades legales de los entes intermedios, de las universidades y de las organizaciones de la sociedad civil, de manera unilateral o bilateral y no omnilateralmente.

Tercera, debemos imaginar el proceso de integración en Latinoamérica de manera no holística, avanzando donde sea más factible. En unos momentos podrá avanzar el derecho, en otros la cultura o la economía. Pensar en una forma sistémica dogmática inhibe a los agentes que están dispuestos a avanzar más rápido.

Cuarta, que la idea del Estado como agente casi único debe continuar reemplazándose por la de actores múltiples. Así, los diversos agentes de la sociedad civil y las diversas reparticiones estatales pueden asumir su papel independientemente, aunque algunas coordinaciones pueden potenciar los trabajos de unos y otros. En todo caso, la sociedad civil intelectual puede llevar a cabo avances importantes sin que se realice la integración política. De hecho, desde hace décadas o siglos numerosas redes han articulado a la intelectualidad latinoamericana sin esperar ni la orientación ni el apoyo de los estados. En varias oportunidades los organismos internacionales han aportado más que los estados-nación a esta tarea (4).

Séptima reflexión: El Aleph y el protagonismo de intelectuales y universitarios

En uno de sus textos mas conocidos, Jorge Luís Borges contó que había encontrado un punto que le permitía ver todas las perspectivas del universo, o al menos de nuestro planeta, simultáneamente. Ese punto lo llamó “aleph”. Se trataba de una



especie de punto luminoso mirando hacia el cual se obtenía una visión omnicomprendiva del mundo, algo así como un ser de cuatro caras que a un tiempo se dirige al Oriente y al Occidente, al Norte y al Sur, algo como un espejo universal redondo y hueco y semejante a un mundo de vidrio.

Quiero hacer una metáfora con la idea de Borges, quitándole la soberbia: el conocimiento es el aleph de la sociedad contemporánea, y no sólo de ésta. Dicho de otro modo: el conocimiento es la cuestión clave, pues permite penetrar hacia dimensiones como alimentación, salud, seguridad, participación, justicia, libertad, educación, información, diversión y otras que deseamos los seres humanos. Por ejemplo, no es posible imaginar una mejor alimentación o salud sin los aportes del conocimiento. Digo que se trata del aleph de la existencia contemporánea, pues permite entrar a todas las otras reivindicaciones.

En ese sentido, el conocimiento no es una reivindicación más, sino que la puerta o la clave para mejorar salud, medioambiente y educación. Probablemente, casi siempre haya sido así, aunque es cada vez más palmario. Se hace paulatinamente más difícil imaginar la seguridad, la equidad o la libertad, el bienestar en general, sin el conocimiento.

Ya sabemos, sin embargo, que conocer el bien no basta para ponerlo en práctica, sabemos también que conocer no basta para ser felices. Por eso dije que pretendía quitarle a este aleph la soberbia. Incluso, hay quienes han afirmado que para la felicidad más vale la ignorancia de ciertas cosas. Es mejor no saber todo lo que piensa, dice o desea la persona amada. Es mejor no saber todo lo que ha hecho ni todo lo que ha sentido la persona amada.

Esta idea del conocimiento como factor clave del bienestar debe llevarnos a asumir la importancia de nuestra labor y a concebirla como articuladora de otras, como base o cimiento, como condición de posibilidad. En definitiva, para sacar a América Latina del estancamiento la clave es el conocimiento con sus corolarios: la calidad del quehacer (por eso digo “conocimiento” y no opinión, parecer o prejuicio) y la honestidad del quehacer (por eso digo “conocimiento” y no discurso para afirmar preconceptos, ideologías o intereses).

Octava reflexión: Redes intelectuales y corredores de las ideas como formas de acción e interacción de la sociedad civil del conocimiento (5)

Esta propuesta atribuye un papel protagónico a los agentes intelectuales en la puesta en marcha de iniciativas coordinadas, más allá de las fronteras nacionales, y que apunten a desarrollar las fuerzas productivas intelectuales, que son claves, aunque no suficientes, para otros desarrollos.

En la actualidad, la sociedad civil y otros agentes se van haciendo cada vez más presentes en el espacio mundial, disputando grados de protagonismo a los estados-nación. ONGs, redes, consorcios, asociaciones e iglesias de diversos tipos pretenden actuar y desenvolverse metanacionalmente. El crecimiento de la sociedad civil metanacional ha sido muy importante.

Si los estados nación en América Latina no han sido capaces de lograr los avances necesarios, la intelectualidad debe asumir (no aisladamente, ni menos contra los estados) un compromiso consigo misma y con los pueblos, esto es: gestionar el desarrollo de las fuerzas productivas intelectuales.

Nuestras universidades poseen miles de millones de dólares de presupuesto anual y si a ello sumamos academias, fundaciones y otras instancias del quehacer cultural (y por qué no agregaríamos en algún sentido a periódicos, cadenas de televisión, gremios profesionales, laboratorios etc.?) debemos tener en cuenta que están dadas las condiciones materiales para emprender políticas de alcance regional.

Redes intelectuales y corredores de las ideas permiten grados de contacto y densidad imprescindibles para la sinergia de la producción intelectual. En muchos lugares de América Latina las comunidades intelectuales se encuentran ahogadas por su pequeñez y su pobreza. Se trata de coordinar y sinergizar el trabajo de estas instancias hacia la creación de algo que llamaré una “Internacional del Conocimiento”. Insisto en la noción “redes intelectuales”, pues creo que para potenciar la existencia y la actividad de una sociedad civil intelectual debe elaborarse una conceptualización que la facilite. Expresiones como “generación” o “campo intelectual” son menos funcionales para esto.

Por ello, intelectuales y universitarios deben asumir su responsabilidad no tanto política cuanto planética, pero vuelvo a prevenirles contra la soberbia: nunca tendremos todo el conocimiento ni mucho menos todo el poder. Responsabilidad

planética y no política, pues la tarea no se circunscribe a la polis moderna del estado-nación, sino que en este caso la trasciende hacia un espacio mayor e indeterminado. El espacio de lo metanacional es un espacio donde los grados de desorden (o complejidad) son mayores que al interior del estado-nación. En el espacio planético gozamos de mínimas garantías o reconocimiento. Somos exploradores más que ciudadanos. Si ya sabemos que en nuestros estados latinoamericanos el imperio del derecho es muy feble, qué decir del espacio metanacional? Claro está, tal espacio bifronte ofrece peligros y posibilidades.

Novena y penúltima reflexión: Sobre la necesidad de un derecho para la república internacional del conocimiento

Una de las grandes dificultades con las que se encuentra la sociedad civil metanacional es con la carencia de un derecho que le permita actuar. Frecuentemente, queda inhabilitada, por su falta de personería jurídica internacional, para interactuar con reparticiones oficiales de los estados u organismos internacionales.

Para que los agentes intelectuales puedan acrecentar su capacidad de colaboración es importante desarrollar cuerpos jurídicos que les aseguren legitimidad y les permitan actuar donde hay vacíos o trabas nacionales. Aquí la tarea de un derecho para la integración, y particularmente para la colaboración intelectual y científico tecnológica, es clave.

Existe una gran cantidad de acuerdos jurídicos de tipo internacional suscritos por los estados, que contienen aspectos relativos a cuestiones culturales, científicas y tecnológicas, alusivos a desarrollo y medio ambiente, a derechos de autor, marcas y patentes, etc. Existe otra cantidad de documentos, cuya fuente son los organismos internacionales y numerosas organizaciones intermedias como gobiernos provinciales, estadales, municipales. Existe, por otra parte, y esto me parece de fundamental importancia, algo que llamaré un “derecho consuetudinario de la comunidad intelectual”, con siglos de trayectoria y que si me apuran remontaré a la Academia de Platón, que se encuentra tanto en el mundo latino, en el mundo árabe e islámico en general, en la Edad Media y Renacimiento europeos y por cierto en las universidades coloniales latinoamericanas. Este derecho consuetudinario de las

comunidades intelectuales, que se ha ido constituyendo en el seno de las redes, universidades y academias, ha trascendido muchas veces o casi siempre a los estados e incluso a los imperios. Todo este material jurídico debe ser retrabajado en vistas a ofrecerle al mundo intelectual un sustento que otorgue legitimidad a su trabajo de creación y colaboración, cuando trasciende el marco de los estados-nación. En cierto modo, esto puede ubicarse dentro de lo que se ha llamado el “derecho internacional de la cooperación”, que se orienta a realizar la cooperación internacional para la solución de problemas que trascienden al estado-nación.

Décima y última reflexión: La “Internacional del Conocimiento”

Se ha visto que el conocimiento debemos entenderlo como el aleph de la sociedad contemporánea, es decir aquel punto que nos permite acceder a muchos otros que son incomprensibles sin éste. Se ha visto igualmente la obvia necesidad del desarrollo de las fuerzas productivas intelectuales. También se ha destacado la necesidad de que la intelectualidad participe de la gestión del desarrollo del conocimiento, constituyéndose en agente de un proceso de colaboración que trasciende los espacios nacionales. Se ha insistido en la necesidad de mejorar los índices de calidad-honestidad, así como la necesidad de focalizar la ética para la intelectualidad en la producción y difusión del conocimiento y no fuera ni menos en contra de esto.

¿Cuales serían algunas de las tareas más importantes de esta Internacional del Conocimiento? Voy a señalar apenas algunas:

1-Por cierto, impulsar el desarrollar y la difusión del conocimiento;

2-Contribuir a que toda persona se transforme en co-gestora de su proceso educativo, favoreciendo un pensamiento libre y autónomo;

3-Potenciar la sinergización de los gestores y difusores del conocimiento, teniendo la libre circulación de intelectuales, conocimiento e información como condición necesaria;

4-Desarrollar un conocimiento que contribuya a mejorar la vida de las personas a la vez que permita interrogar y reformular los criterios mismos con que se considera y se mide ese bienestar;

5-Contribuir a la calidad de la información y a la honestidad en su difusión, así como contribuir a que toda persona tenga libre acceso a la información, a la vez que pueda transmitirla y difundirla;

6-Ocuparse de la dignificación de la carrera docente, de investigación y de difusión cultural.

Imagino a esta Internacional del Conocimiento como una suerte de hermandad o asociación de profesionales del conocimiento y la información que traspasa partidos, naciones, gremios e instituciones. Una gran red que, por sobre ideologías y creencias, se compromete con el calidad del conocimiento y la honestidad intelectual, en la convicción que son claves para el bienestar de la humanidad y particularmente de nuestra región.

* * *

Ustedes se habrán percatado que en esta presentación quedan muchos cabos sueltos. No pudo atarlos todos. Además de agradecerles la oportunidad que me han dado de presentarles estas ideas, me contentaré concluyendo con tres llamados. El primero está particularmente destinado a los estudiantes universitarios: Les invito a pensar más allá del propio país, a desarrollar un interés por América Latina y por coordinarse con estudiantes de otras universidades de la región, lo que pasa por cierto, por entregar buena cantidad de cursos en la universidad sobre la región. El segundo llamado apunta a fomentar el estudio del pensamiento latinoamericano. Se trata de una inmensa cantera poco explotada. Creo que es una buena oportunidad para que la Universidad de Puerto Rico cree algo así como una cátedra o departamento o grupo de estudios sobre el pensamiento latinoamericano. Me he informado de varias personas que están trabajando sobre estos asuntos en la

Facultad de Estudios Generales, pero también en Historia, en Estudios Hispánicos, en Ciencias Sociales y Estudios Caribeños, en Filosofía y probablemente en Derecho, acá en Río Piedras, y se que existen también personas interesadas en este asunto en otros recintos. Producir la convergencia de estas personas a partir de alguna forma de institucionalidad, parece importante para potenciar el desarrollo de nuestro pensamiento.

El tercero es invitarles a pensar en esto de una Internacional del Conocimiento que nos permita a intelectuales, universitarios y a todos los profesionales del conocimiento asumir el necesario liderazgo en una América Latina que no debe continuar con la vergüenza de permanecer como agua estancada, alimentando podredumbre. Pienso que esta es la mejor manera de aprovechar la iniciativa de la sociedad civil intelectual en orden a articularse para liderizar una tarea insustituible que es mover y remover a América Latina.

Muchas gracias

Río Piedras, Puerto Rico, 18 de septiembre, 2006

Notas

(1) Conferencia de apertura del año académico en la Universidad de Puerto Rico, Recinto Río Piedras, Facultad de Estudios Generales, 19 de septiembre, 2006.

(2) Véase ALBORNOZ, Mario, editor, (2003) *El estado de la ciencia. Principales indicadores de ciencia y tecnología iberoamericanos/interamericanos*, Ricyt, Buenos Aires; véase también UNESCO, (2005) *Compendio Mundial de la Educación. Comparación de las estadísticas de educación en el mundo*. Instituto de Estadística de la UNESCO, Montreal

(3) Véase BRUNNER, José Joaquín (2001) *Chile: Informe e índice sobre capacidad tecnológica*, Universidad Adolfo Ibáñez, Santiago

(4) Véase BURNET, Dennys (1995) "Introducción" a *Relaciones entre las sociedades civiles de Chile y Argentina*, CELARE-K. Adenauer Stiftung, Santiago

(5) Véase www.corredordelasideas.org y www.encuentrointelectuallatinoamericano.org